

Lo que aquí presento como "ideas" son, en la narración, voces perfectamente verosímiles, por mucho que no se puedan tomar como personajes. Esta novela (que novela es, al cabo) es un monólogo a la manera de *El sonido y la furia*, o *La caída*, pero desmenuzado en fragmentos, cada uno de los cuales se construye una forma propia. Y en el monólogo no tiene lugar acción alguna, por mucho que en ocasiones se hable de una acción posible, porque ~~ese~~ precisamente es el argumento de la obra.

Y la voz que habla en este monólogo es la voz del monarca del tiempo, cuya presencia es puro juego consigo mismo, con las formas que crea para seguir conservando su poder; un poder del que ni siquiera escapa ese ángel final, inocente y desolado, quien acepta también como verdad la última, es decir: "Que siempre habrá nunca". Quizá tan sólo el capitán Louvet, ebrio y acéfalo, perdida la memoria en el ataque... Pero no voy a ser yo quien diga la última palabra. ■ FELIX DE AZUA.

## El conde de Aranda

Desde hace quince años, Olaechea y Ferrer Benimeli han venido publicando sucesivas monografías sobre la figura y la obra del conde de Aranda, el estadista español más importante del siglo XVIII. Con el presente volumen culmina así un ciclo de investigaciones de importancia muy real (1).

Los autores han abandonado en su libro la estructura cronológica habitual en la biografía, adoptando la estructura monográfica, por temas ("Aranda militar", "Aranda diplomático", "América en el pensamiento de Aranda", etcétera), lo que facilita la discusión de cada uno de ellos, especialmente de los más controvertidos. Entre estos últimos se hallan, por ejemplo, la pertenencia o no de Aranda a la masonería (ni fue su fundador en nuestro país ni siquiera perteneció a ella), la importan-

Conde de Aranda.



cia muy marginal que tuvo en la expulsión de los jesuitas de España (se limitó a dictar las medidas administrativas concretas para la correcta ejecución de las órdenes recibidas, pero no intervino de modo directo en la colaboración del proyecto, que estuvo a cargo de Campomanes, Roda y Florida-Blanca), su inexistente "impiedad" (Aranda fue simplemente un estadista ilustrado del siglo XVIII que se oponía tan sólo a interferencias de la Iglesia en los asuntos del Estado, pero personalmente católico, apostólico y romano, etcétera).

Paradójicamente, Aranda, que alcanzó ya en su juventud los escalones más elevados de la milicia en España, no pudo llevar a cabo sus proyectos en este terreno. Su clara vocación castrense quedó tan sólo en esto, en vocación, y las iniciativas del capitán general del Ejército hubieron de desarrollarse en dos áreas estrictamente civiles: la diplomacia (en la obra está claramente expuesta su preocupación, obsesiva y lucidísima, por el porvenir de nuestras colonias americanas tras la creación de los Estados Unidos de América del Norte) y la administración civil del Estado (control de la mendicidad en Madrid después del motín de Esquilache, control popular de los Ayuntamientos, apoyo a obras tales como el Canal de Aragón, la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, y en otro aspecto la fábrica de cerámica de Algora, perteneciente al conde).

En la obra se analizan cuidadosamente las razones —muy di-

versas— que dificultaron la obra de Aranda y que van desde el carácter "muy aragonés" de éste, a la oposición de la aristocracia "castiza" ultraconservadora, que al principio del reinado de Carlos III apoyó a Enseñada contra Esquilache, hasta el furor sexual de la esposa de Carlos IV, que contribuyó a la caída y al exilio del conde para que ocupara el puesto de éste el favorito Godoy.

Se dedica también todo un capítulo al llamado "partido aragonés" (sólo marginalmente aragonés, dicho sea de paso) constituido por grandes aristócratas "liberales" que pretendían que el Rey gobernara mediante el sistema de Consejos, pero en directa colaboración con su casta y no, como hizo Carlos III (ello de acuerdo con la evolución histórica de su tiempo en toda Europa) mediante el "despotismo ilustrado" de una Monarquía absoluta apoyada en grandes funcionarios —los "grands commis" franceses, los llamados despectivamente en España "golillas"—, que no eran aristócratas o que pertenecían a una aristocracia de segunda fila y que representaban y asumían los intereses de la burguesía (Campomanes, Florida-Blanca). Este es un punto de la política de Aranda en el que adoptó el conde una actitud claramente conservadora, profundamente elitista.

La obra, bien editada con fotografías bien escogidas, constituye desde este momento uno de los textos necesarios para comprender cabalmente lo que fue el siglo XVIII en España. ■ GONZALO MOYA.

## China: de la revolución a la razón de estado

"China para turistas", titulaba recientemente en portada "Time". Y el conservador semanario norteamericano dedicaba varias páginas interiores a comentar las impresiones que el moderno Marco Polo de "polaroid" y pantalones a cuadros puede llevarse a casa de su visita al país del difunto Mao Tse-tung. Quince mil turistas norteamericanos calculaba "Time" que habrían pisado suelo chino antes de finales de año.

El viejo dragón ya no escupe fuego por la boca, y el retrato de aquel líder moftetudo que no se cansaba de repetir que el imperialismo era un tigre de papel queda bien como fondo de una foto de grupo en kodachrome. "Eficacia" y "productividad" son las nuevas consignas de los sucesores de Mao. El voluntarismo revolucionario ha dejado paso a los grises cálculos de la planificación centralizada. Y el mismo Teng Hsiao-ping que, en 1957, en plena Revolución Cultural, era acusado de estimular la propiedad privada y el recurso a las técnicas comerciales capitalistas, ese mismo Teng, tantas veces caído en desgracia y otras tantas rehabilitado, es de un año y pico a esta parte el hombre fuerte de la situación.

Bajo su liderazgo, China se propone algo que ya intentó Mao en 1968, y posteriormente en 1970: convertir en una auténtica potencia industrial a un país hasta hace poco semifeudal y analfabeto.

Lejos parece quedar ya aquella visita a Pekín del equipo de ping-pong norteamericano (abril de 1971) o el viaje de Nixon en compañía de Kissinger un año después, mientras Washington ordenaba el lanzamiento de bombas sobre Vietnam. Primero y tremendo disgusto para quienes seguían viendo en China un país revolucionario, y al que luego seguirían otros muchos. Obsesionada por el "socialimperialismo" de la URSS, China no tendría, a partir de entonces, el menor empacho en pactar con cualquier dictadura

(1) Olaechea, R.; Ferrer Benimeli, J. A.: El conde de Aranda (mito y realidad de un político aragonés). Dos volúmenes (172 + 173). Colección Aragón. Librería General. Zaragoza, 1978.

Cultura a la contra

## Los poetas atacan de nuevo

Parecían envueltos en la sombra o presos cómplices de la cultura oficial. Esperaban tal vez en catacumbas llenas de telarañas a que dejase de brillar el sol de los imperios y de la tiranía. Algunos se refugiaron en actividades marginales: el cómic o cierta prensa hecha como de papel de estraza: la prensa más libre y más divertida dentro de un país que nunca ha sido lo primero, ni lo es ahora, y que a menudo es sólo lo segundo de manera por completo involuntaria. Los poetas se escondían en discotecas, se emborrachaban con bebidas de azul desesperanza o soñaban en extraños paraísos de chocolate. Estaban puestos en hibernación, como en la canción de Ferré, esperando a que les comprasen.

Ahora que los tiempos no han cambiado —pero que lo parecen, y la apariencia es importante para quienes la cultivan— resurgen. Van por los bares y por el Metro. Venden allí manifiestos extraños, como ese "Manifiesto de la poesía mercantilista", que pretende hacer del poema una mercancía —ingenuos, que no saben que ha tiempo ya lo es: que los escaparates de los grandes almacenes están hechos con poesía vendida y que las campañas de publicidad se hacen con el mismo ingrediente que ellos quieren vender— y tomar como única musa a los clientes. O fabrican revistas de escasísima tirada, como esa llamada "Nihil", que se edita en Alicante y que es como un manual de dadatismo pasado por agua turbia. O "Tábala", también de Alicante, especie de taller colectivo de investigaciones; esta última revista recoge como poesía una entrevista a un travesti de Elche —hay que tener valor para competir con las palmeras, la Dama y el Misteri, que son travestis de siempre—, o un artículo sobre el conjunto neoyorquino Velvet Underground. Y, el otro día, pude ver a un joven que en el Metro de Madrid se acercaba, tímido, a los apresurados pasajeros y les decía: "¿Te interesa la poesía?", intentando vender un volumen pídicamente titulado "Vivencias". Vivencias, decimonónica palabra que el poeta susurraba, porque los bardos de ahora han perdido la voz; se la ha ahogado el polvo de las catacumbas, y pasará tiempo antes de que volvamos a escuchar sus gritos. El último poeta gritón que tuvimos era Carlos Oroza, ahora perdido en el pasado.

Hay también poetas que gritan, pero dicen que son cantantes de rock. Siempre han sido cantantes de rock, incluso cuando no había rock; ahora son poetas de quince años —o de dieciséis, o de diecisiete, no hay que exagerar—, que cultivan una delictosa fealdad y manifiestan una agresividad combativa contra todo y contra todos. Y contra el Todo, que dicen otros. Estos poetas militan en grupos punk: Kaka de Luxe, Mermelada de Lentejas, etcétera. Siguen el ejemplo de Ramonón el Olvidado —injustamente olvidado, por cierto—, y el más antiguo aún de Pau Riba, aquel tierno santón de los años sesenta que acaba de reeditar sus dos obras maestras, "Dioptria 1 y 2", en Edigsa. Hacen todos ellos una poesía sin pretensiones, como si desearan hacerse perdonar por lo que son y que les tomasen por otra cosa. "Soy un poeta y lo sé, pero no lo divulgues", como cantaba Bob Dylan antes de dejar definitivamente de ser poeta. No deben querer, entre otras cosas, que les tomen en serio; y hacen bien, porque ya está el país, y el mundo entero, demasiado saturado de mensajes y pamemas. Conviene más insultar que dar la paliza con mensajes, y vale más un grito que mil palabras mal dichas.

La poesía —como todo— está cambiando: ya no bastan las proclamas surrealistas, y eso lo comprendieron los mismos surrealistas, que heredaron de sus vanguardias anteriores el amor del panfleto y del espectáculo. La poesía ha de empezar a hacerse en la calle, bajo las esbeltísimas farolas naranjas de la carretera de la Playa, o bajo los pasadizos del Centro Argüelles. La poesía, recuperando la tradición del dandysmo, ha de hacerse mucho más con gestos que con palabras. ■ EDUARDO HARO IBARS.

con tal de que ello contribuyera a cortar el paso a la URSS.

De faro revolucionario para el Tercer Mundo, China se convertirá en Estado responsable y codiciado socio comercial de los países punteros del Occidente capitalista. Poseedora de un subsuelo inmensamente rico, China carece, sin embargo, de la capacidad técnica y financiera imprescindible para su explotación. Y esto es algo que pueden ofrecerle fácilmente norteamericanos, alemanes occidentales o japoneses. Sobre todo, estos últimos, que tienen a su favor la proximidad geográfica.

evolución política de la China posrevolucionaria (Edit. Gustavo Gili). Aquel libro, de indudable interés para el estudio de las técnicas de propaganda en un proceso de reconstrucción nacional como el vivido por China a partir de 1949, concedía una importancia tal vez excesiva a los factores superestructurales. Quizá por ello sea necesario su contraste con una obra más reciente como la del trotskista italiano Livio Maitín ("El Ejército, el partido y las masas en la revolución china") (1), donde se analiza en toda su complejidad, con abundancia de datos



Pekín, jardín del palacio imperial.

Citando fuentes japonesas, "Le Monde" se refería, por ejemplo, recientemente a un proyecto de inversión de dos billones de yens en el campo petrolífero del golfo de Pohai. Y hay otros acuerdos firmados o pendientes de firma con Alemania y USA para la construcción, en territorio chino, de importantes complejos siderúrgicos. China constituye una auténtica golosina para los proveedores de capital y tecnología de Occidente.

Naturalmente, esta sustitución de la razón revolucionaria por la más prosaica razón de Estado no es algo que se haya producido de la noche a la mañana, aunque la haya precipitado la desaparición de Mao, sino que es consecuencia de una prolongada lucha de tendencias entre distintos grupos y fuerzas sociales por el control del partido y el aparato del Estado y en el seno mismo del Ejército.

Hace poco reseñábamos en estas mismas páginas un libro de Alan P. L. Liu sobre el papel jugado por los medios de comunicación de masas en la

referidos a las fuerzas sociales en liza en cada momento, el proceso que conduce desde la proclamación de la República Popular China hasta la actual apertura política y económica a Occidente, pasando por todo tipo de vaivenes autárquicos y revolucionarios. Un libro tremendamente crítico y aún discutible, pero de enorme interés en este momento. ■ JOAQUIN RABAGO.

# CINE

## Cinco maestros soviéticos

Dentro del habitual caos en la programación de las salas cinematográficas españolas, hay que felicitar a que el madrileño Pequeño Cines estudio haya organizado un ciclo de películas

(1) Traducción de Julio Rodríguez Aramburi. Col. Materiales IV. Akal Editor. Madrid, 1978.